

tinguido *clubman*.

Fifina y Barbieta se completaban, y al unirlos la tía Berta procedió con el criterio que hace poner en la misma consola dos jarrones de igual dibujo.

## FIFINA EN LA LEYENDA

Andando los años, la tía Berta empezó a dar señales de perturbación mental. No era la loca temible que da todos los días trabajo al juzgado de guardia, sino la monómana pacífica y risible. Su monomanía era suponer que Fifina iba progresando sin cesar en el cumplimiento de lo que ella se había propuesto que fuera.

—El día en que no coma ni beba, cuando sus carnes tengan la dureza de la porcelana, cuando pierda todo lo que hace de ella una mujer y se convierta en elegantísima muñeca, entonces podré vanagloriarme de haber dedicado mi vida a producir una obra maestra de un arte nuevo: la escultura viva.

Estas frases que Berta solía decir contemplando arrobada a su sobrina, eran objeto de burlas y de chistes; pero es el caso que Fifina parecía ir acercándose al ideal de la vieja loca. La primera demostración de esta impasibilidad escultórica fué el que Fifina jamás daba muestras de cansancio en aquella vida de bailes, teatros, paseos y exhibiciones no interrumpidas. Jamás sentía sueño, ni hambre, ni sed, ni calor, ni frío. En los días rigurosos del helado invierno cortesano iba en su carruaje descubierto vestida de seda, sin pieles ni abrigos que abultaran su talle gentilísimo. Fué perdiendo el apetito y llegó a no comer. Cuando se acostaba, en alcoba muy lejana de la del señor Barbieta, permanecía toda la noche en la misma postura, sin dormir y sin experimentar la necesidad del sueño. Por eso podía impunemente ser la última que se retiraba del baile y la primera que acudía al concierto matinal. Su rostro, sin ojeras denunciadoras de la vigilia, se conservaba fresco y luminoso. Un día Berta se dirigió a Fifina, la miró largo rato con ojos encendidos por la fiebre de la locura, y poniéndole el delgado y arrugadísimo índice en la mejilla derecha, exclamó:

—¡Ya, ya se ha operado el milagro! ¡Ya se ha logrado la transformación! ¡Ya esto no es carne, sino algo eterno, cristalino, superior al vil barro humano! Fifina, Fifina mía, alégrate: ya no eres mujer, ya has ascendido

en la escala de las perfecciones. Ya eres el ideal mismo de la perfección, el tipo acabado y supremo de la moda. Mi educación, mi arte, mi hechicería te han convertido en una admirable muñequita de Sajonia. Ya no habrá dolor que te haga llorar, ni espectáculo bello que te conmueva, ni ternura que agite tu rostro. Deja todo eso para el vulgo de las mujeres. Llevarás con más elegancia que ninguna otra el traje, serás el mejor adorno de un palco; resplandecerás en tu coche; tu presencia bastará para hacer notable una fiesta distinguida. ¡Marioneta querida, muñequita preciosa, graciosísima figurita de sajona porcelana, tu podrás desafiar el fuego del amor y pasarás sin quemarte entre el incendio de las pasiones que producirás en los hombres! Lo que la Virgen de Lourdes para la devoción, eso serás tú, eso eres desde ahora para los adoradores de la elegancia, del buen tono, de la *high life*.

Y por Madrid corrió la voz de que Fifina se había convertido en muñeca, y se aseguró que su rostro era de porcelana.

\* \*

—En efecto— añadió en guisa de comentario el narrador,—la cosa no es extraordinaria ni inverosímil. Quita de la historieta las exageraciones de la loca Berta y las hipérboles de la fantasía popular y verás cuantas Fifinas hay en el mundo. Una parte numerosa de mujeres, las de la clase más elevada, son objeto de una educación que tiende a matar el alma, a atrofiar los sentimientos. Así los coches que van al Retiro, los palcos de la Opera, los salones de los palacios están llenos de figuritas de Sajonia, de lindísimas muñecas de carne bonita y trapos vistosos, en las que hay menos de humano que en cualquier estatua clásica.

J. ORTEGA MUNILLA.

En los tumultos populares el ruido es a veces superior al estrago; las iniquidades legales se consuman en silencio, con orden material; se asesina en tres tiempos, a la voz de mando, y se tortura conforme a reglas minuciosas escritas en un libro.

Se habla de los contrastes entre las doctrinas y las acciones de los demagogos, ¿y qué mayor contraste que sacerdotes, jueces y verdugos descoyuntando los huesos y desgarrando las carnes de una débil mujer, que no es culpable, delante de un crucifijo?

CONCEPCIÓN ARENAL.